

---

## EL BIEN Y EL MAL

Mientras manejo como desesperado, tratando de alcanzarte para impedir que cometas una locura, me doy cuenta de lo vacía que se encuentra la ciudad. Parece como si todos los habitantes decidieran mudarse, sabiendo que una desgracia está a punto de ocurrir. Recuerdo con claridad tu reacción, cuando por fin te diste cuenta de que me encontraba en la carpa contigo; y la alegría inmensa, inmediatamente ensombrecida al decir quien estaba comandando el ejército enemigo. En mi mente se forma la imagen de tu cara, con las facciones endurecidas por el dolor. Y los relámpagos de odio, deseando venganza, que despedían tus ojos. Los cerraste y después de respirar profundamente, te guardaste el odio para, cuando por fin nos encontráramos con Heitter, cara a cara, descargarlo con todo el peso del alma.

Y la batalla...

Detengo el carro. Necesito respirar. Los recuerdos me ahogan y no tengo a nadie para desahogarme. Me bajo del auto y me siento en el andén, con la cabeza entre las rodillas. Esa fue mi reacción al terminar la batalla; luego de ver toda esa sangre, miembros amputados y personas aullando, llorando y maldiciendo. Muchos de los que quedaron mutilados, pero con vida, miraban a los que pasaban con ojos suplicantes. Imploraban por una muerte rápida e indolora, pero no podíamos dársela. No podíamos aliviar su dolor.

Lloro, en silencio. Las lágrimas se deslizan en rauda velocidad por mi cara y caen en el asfalto, para ser devoradas por el polvo, en contados instantes. No puedo detenerme. Toda esa fuerza que sentí, mientras me encontraba contigo, en el bar, me abandonó; y ahora el flujo de los recuerdos me destroza.

Pero me contengo. Tengo que llegar al consultorio, para impedir que cometas una locura. Sin embargo, presiento que es demasiado tarde. Siento que te embarcaste en una nueva aventura, pero también sé, que yendo sólo, no podrás concluirla. Me subo de nuevo al carro y comienzo a manejar. Más ahora voy despacio. No hay necesidad de correr. El tiempo se detuvo para ti y sé, que al llegar, te encontraré en el momento preciso.

Mientras manejo, veo las luces de un hotel y me detengo al frente. El botones se encuentra dormido, pero lo despierto con un bocinazo. Se levanta, mal humorado, pero me abre la puerta. Me entregan las llaves de la habitación. Cuando me encuentro en ella, me acuesto en la cama y cierro los ojos. Respiro profundamente y luego deseo.

Tan sólo deseo.

Y enseguida, una luz me envuelve y de nuevo me veo transportado. ¿Volveré? Esa pregunta no me asusta. Hay algo que tengo que hacer. Algo que quedó inconcluso y ahora voy a terminar lo que se comenzó una vez. De nuevo fui... ¡No! Fuimos convocados.

La luz comienza abandonarme lentamente y abro los ojos...

## I

La bestia abrió los ojos. El Apocalipsis comenzó. Es curioso, había soñado con eso. Cada vez que cerraba los ojos para dormir, veía a una bestia que abría los ojos. Y ahora, los abrió en su totalidad.

El ejército enemigo estaba al otro lado, y sabía que la única manera de vencerlo, era pasar por encima de una amistad de años. De una amistad que no sabía si duró veinte años, los que teníamos ahora, o siglos, que me parecía pasar en este espacio y tiempo.

Tiempo.

Tiempo era lo que nos sobraba y nos hacía falta, a la vez. Me pregunto ¿qué habría pasado con JJ y Andrés? ¿Dónde están? ¿En qué siglo se encuentran? ¿En qué batalla están envueltos? ¿Por qué demonios me vi en la obligación de recorrer un camino purificador, cuando Miguel llegó sin ningún inconveniente y con sólo desearlo?

Veo la batalla en mi mente, pero no puedo describirla con palabras. Es tan difícil describir la agonía. El sufrimiento.

Es demasiado.

Pero vencimos.

Lo logramos, gracias a un error táctico de los generales enemigos. Tenían la posibilidad, la gente y el equipo para lograr una victoria impecable, con pérdidas mínimas. Si sus comandantes sabrían la estrategia a seguir, nuestra derrota sería segura. Sin embargo, cometieron el mismo error que una vez aprovechó Julio Cesar, en la batalla contra los egipcios: colocaron a sus elefantes al frente del ejército, en vez de a los lados. Miguel me sonrió, salvajemente, y me indicó con la cabeza a los enormes animales. Mi alegría fue inmensa. Ese mismo error lo cometió Miguel, en un juego de Dungeons. Fue derrotado.

Después de repartir apresuradas instrucciones entre los centuriones, nuestro ejército, inferior en número, se lanzó al ataque con descomunal algarabía, espantado a los paquidermos que, presos de un pánico indescriptible, se lanzaron contra las filas de nuestros enemigos, aplastándolas. Y Miguel, con la nariz dilatada y un tic nervioso en su rostro, consecuencia del olor acre de la sangre, mezclado con lo presenciado, gritó en medio del paroxismo general:

— ¡Ayuden a los elefantes! — Y, preso de una histeria incontrolable, cayó al piso, riendo como un poseído.

Por un momento, dudé entre detenerme para ayudar a Miguel, o correr al frente del ejército, para guiar a mis soldados. Sólo fue una fracción de segundo, pero decidí preocuparme primero, por el desenlace del combate. Sabía que si algo pasaba a Miguel, jamás me lo perdonaría, pero también intuía que, si no lograba esta victoria, la primera victoria en muchos eones, sería el fin de las batallas entre los guardianes.

¡Dios me es testigo que eso es lo único que quiero! Y no permitiré que los ganadores sean ellos.

Y corrí.

El ejército me siguió entusiasta, lanzando espantosos gritos de guerra, que ninguna garganta en sano juicio llegaría a emitir. Pero no estábamos en sano juicio. El olor y el color de la sangre, empapó nuestros sentidos, llenándonos de odio, rencor y necesidad de matar.

Matar o ver morir.

Morir matando.

Todas mis inquietudes se resolvieron, en el momento en que levanté mi espada contra otro hombre. Era pequeño, regordete y en sus ojos llameó una súplica. Me pedía clemencia, pero sabía que él veía la misma llama en mis ojos y, sin dudar, descargué la espada sobre su cabeza. Fue un golpe fortuito. Era la primera vez que usaba un arma blanca, pero logré romper el dorado yelmo que cubría su cabeza, el cráneo y cortar el cerebro en dos. Su cuerpo se sacudió en un grandioso espasmo, y la llama se apagó en sus ojos. Lentamente, se deslizó sobre sus rodillas y cayó al suelo, afortunadamente de cara. Una oleada de lástima y agobio por lo obrado, me rodeó. Más no permaneció mucho tiempo en mi cuerpo, al atacarme otro soldado. Dediqué mi atención a la embestida.

La gritería era inmensa. Los alaridos de los heridos se mezclaban con el choque metálico de las armas y los cuerpos. Ríos de sangre nacieron de la tierra y brotaron bajo nuestros pies, convirtiendo la tierra en barro y dificultando el movimiento.

Y ojos...

Ojos llenos de odio y sedientos de muerte, nos miraban por todos lados. En ese momento de la lucha no se distinguía al amigo del enemigo. Sólo existía la necesidad de perforar y de amputar. De quitar la mayor cantidad de vidas posible, para entregar la suya al mejor precio. En muchas ocasiones, analizando después lo sucedido, mis soldados, por puro reflejo, mataban a sus compañeros de armas. Lo mismo, supongo, que ocurría en el ejército enemigo.

Y el olor de la muerte flotando sobre esos cuerpos llenos de sangre y sudor, mezclado con el olor de los animales, los alaridos histéricos de los que fallecían, los gritos furiosos de guerra de los que vencían, los aullidos lastimeros de los que se desangraban, el chirrido metálico de las armas que entrechocaban, el crepitar de las vestiduras que se desgarraban, el sonido seco de la madera de los escudos que se quebraban, y los trompetazos de batalla, se combinaban en una sola palabra, que se utiliza para designar un suceso de aquella magnitud: BATALLA. Es una palabra insignificante, que no alcanza a describir el sufrimiento, muerte y victoria de hombres sobre hombres. Es demasiado pequeña para analizar lo que sucede en un campo de batalla, y hacer entender al que la escucha, todo lo acontecido durante ese corto momento. Sólo hay una forma de entender lo que es una batalla y es la de estar en ella. Vivir con cada fibra del cuerpo lo que ocurre. Matar y alegrarse de quedar vivo. Ser herido, e ignorar esas heridas para infligir otras peores a sus enemigos. Sentir la espada revolotear sobre la cabeza y darse cuenta de que es lo más parecido al aleteo de la muerte. Y esa euforia que desboca tu cuerpo, es la propia reacción mental, al saber que la muerte se

encuentra sobre tu cabeza y en cualquier momento, que no auguras, bajará para apoderarse del cuerpo y alma.

Y ese sería el fin de todo.

De todo lo que significa vida.

En ese momento, entendí el motivo de mi presuroso viaje a través del bosque. En ese recorrido, conocí la vida en una parte de su magnitud. Pues no creo que un hombre pueda verla en todo su esplendor y no quedar ciego de tal belleza. Ese pensamiento era el que me empujaba a luchar y permanecer vivo. Ya no me importaba la tierra ni las almas que se encontraban en juego, en esa batalla. Sólo me importaba LA VIDA. Porque en esa pequeña palabra se esconde el significado de toda filosofía, religión y pensamiento ateo. En esa palabra radica la respuesta al por qué nos encontramos en este Universo, al por qué tenemos hijos, al por qué crece una flor, al por qué existen los animales, al por qué la Tierra misma te inspira respeto, al por qué eres como eres, y también hacia donde vas.

Aunque esa palabra tiene cuatro letras, cada una de ellas encierra el infinito. Encierra un Universo que se encuentra a disposición de aquel, que encuentre la palabra mágica que remueve la cerradura y la ceguera de los ojos, para entender de lo que se compone el Universo.

Y estoy seguro de que, al alcanzar ese conocimiento, el significado de la Eternidad estará al alcance de la mano.

Y la batalla continuó...

## II

Estaba en la carpa, junto a Miguel. Fue herido de gravedad durante la batalla. Una mano firme, le perforó el costado derecho del cuerpo. Ahora se encontraba acostado, quejándose del dolor, envuelto en una tela grasienta, llena de manchas de sangre reseca. El curandero que lo examinó, le aplicó una pasta realizada de hojas especiales (por más que insistí, no quiso revelarme los ingredientes), en el costado. Lo vendó con fuerza, con una tira de lino blanco, después de colocar sobre la herida una tela rústica, que había sido empapada, previamente, en la misma pasta. Después le obligó a beber un brebaje que apestaba a mil demonios y apuesto a que sabía igual, pero que obligó al herido a dormir.

Su sueño era intranquilo. Mandaba a soldados imaginarios a enfrentarse con legiones de bestias inimaginables, cuyos nombres no soy capaz de pronunciar. A veces, pronunciaba palabras ininteligibles, en un tono de inconfundible asombro, que luego desembocaban en furia. Comenzaba a moverse demasiado, removiendo la herida y entonces se quejaba como un niño pequeño. Yo me inclinaba y lo sujetaba con fuerza, tratando de impedir que su mente desvariada, le hiciera alguna mala pasada al cuerpo, que necesitaba en ese momento reposo. Durante tres días con sus noches, velé a mi amigo. Los centuriones, que entraban de vez en cuando a la carpa para conocer el estado de su general caído, me ofrecían que descansara, pero yo no permitiría que Miguel muriera, sin que estuviese a su lado. Porque de lo que estaba seguro, en ese momento, era que moriría. Vi la herida. Era una cortada grande y profunda. Pensé que penetró el riñón, además de infectarse, porque en esa época era imposible conseguir antibióticos.

Pero, la tercera noche, me dormí en la cabecera de su cama.

Me desperté sobresaltado. No reconocía el lugar en el que me encontraba, hasta que me di cuenta de que estaba acostado en mi cama, en la carpa. Alguien me llevó del lecho de Miguel, hasta mi aposento, me quitó la ropa y me cobijó. Y yo ni siquiera me di cuenta de ello. La ropa estaba al alcance de mi mano. Los trapos, hechos jirones, con manchas reseca de sangre y de olor nauseabundo, que fuesen mis ropas el día de ayer, desaparecieron. En su lugar, había una toga blanca, decorada en la parte del cuello. Encima, colocaron una corona hecha de hojas de roble. Con cierta sorpresa me coloqué las vestiduras. Debajo de la toga, encontré un par de sandalias, con correas de cuero, de no sé qué animal. Estas sandalias me causaron problemas. Había que calzarlas y luego trenzar esas correas alrededor de la pierna, en extrañas figuras. Afortunadamente, uno de los esclavos vino en mi ayuda. Cuando terminó de asegurar las correas, lo primero que le pregunté, por señas, fue el estado de Miguel. El esclavo comenzó a responder algo en latín y de repente, entendía cada palabra que él me decía. Recordé las palabras de Xillen: hablaríamos todos los idiomas necesarios.

—...está despierto y preguntando por usted.

— ¿Quién me llevó a la cama? — Le pregunté, mientras caminábamos con paso ligero en dirección al aposento de Miguel.

— Anoche llegó un tribuno. — Respondió el esclavo, pero eso no aclaró en nada mis dudas. — Dice que lo conoce.

— ¿Un tribuno? — Me sentí sorprendido. ¿Cómo, en nombre de Dios, un tribuno de la época del imperio romano, me conocía?

— Sí. Llegó anoche. Sus barcos se ven en el horizonte. — Y me señaló la delgada línea que representaba el mar. Sobre el horizonte, como graciosos cisnes negros, se veían las siluetas de muchos barcos. No alcancé a contar cuantos eran. Pero la cuenta pasaba de cincuenta.

Seguí caminando, afanado, y por fin llegué a los aposentos de Miguel. Los centinelas me saludaron con el acostumbrado golpe en el peto y me permitieron entrar. El esclavo quiso pasar conmigo, pero uno de los centinelas bajó su lanza y me miró. Le indiqué que estaba bien y él alzó su lanza al instante. Entré, presuroso, pensando que Miguel me llamaba para decirme su última voluntad. Cual no sería mi sorpresa, al ver a Miguel sentado sobre la cama, con semblante triste, conversando nada más y nada menos, que con Andrés. Me alegré bastante al verlo. Así que ese era el tribuno que me llevó a la cama, anoche. Una sonrisa comenzó a recorrer mi cara y extendí los brazos para abrazarlo, pero la mirada de Andrés era fría. Y, muy en el fondo, el brillo de la tristeza penetró en mi cerebro como un relámpago, obligándome a bajar los brazos y preguntar con un susurro:

— ¿Qué ocurre?

Andrés no me respondió enseguida. Miré a Miguel, pero este evitó la mirada y me indicó con la cabeza al esclavo. Le dije que saliera. Andrés se levantó. Caminó hacia mí y puso sus manos sobre mis hombros, con firmeza. Me obligó a mirarlo a los ojos y, sin más preámbulos, dijo:

— JJ, falleció.

Sentí el mundo dar un vuelco y las rodillas me temblaron. Busqué desesperado donde sentarme y, al no encontrar nada cerca, me dejé caer en el piso.

¿JJ?

¡No era posible!

Cerré con fuerza los ojos, pero lo único que veía era a JJ, en el pueblo con Xillen, golpeando con su descomunal puño la mesa, riendo alegremente, y apurando copa tras copa. Luego vi a JJ en la Universidad, separándonos durante una pelea. Después, el mismo JJ, callado, asustado, pero firme a nuestro lado, en el consultorio del viejo. JJ, tan lleno de vida. JJ, mi amigo, nuestro protector silencioso, nuestro benefactor...

Quería llorar, pero no podía. En lo últimos tres días, la visión de tantas muertes me secó las lágrimas. Las lágrimas alivian el dolor. En mi caso, el dolor quedó guardado para ser, más tarde, transformado en furia.

— Él se sacrificó, por nosotros... — Levanté la mirada sorprendido. — Por Xillen y por mí. — Aclaró apenado y de repente, sin ningún aviso, levantó las manos hacia el cielo y bramó: — ¡Maldición!

— ¿Cómo pasó? — Pregunté.

Andrés me miró a los ojos antes de responder. Tal vez quería saber mi estado de ánimo. Tal vez quería saber, si era capaz de resistir la historia que estaba a punto de dejar caer sobre mis hombros. Su histerismo de hace un segundo desapareció como por arte de magia. Se volvió un hombre que sabía manejar sus sentimientos y controlarlos durante mucho tiempo, para dejarlos salir durante un segundo y ser capaz de concentrarlos en una sola palabra como lo es: Maldición.

— JJ, Xillen y yo aparecimos en medio de una batalla naval. — Respondió Andrés, cansadamente. — Nos llevaban ventaja. Demasiada ventaja. Nos atacaron con fuego griego. Era un infierno. No sé si ustedes entienden la sola impresión de ver el agua arder. — Hizo una pausa. — Eso era lo que pasaba. El agua ardía a nuestro alrededor. Los tres, nos encontrábamos en un mismo barco. Puedo jurar que los enemigos sabían a qué barco en especial atacar, porque concentraron todo su ataque en el nuestro. Éste ardió. Estábamos a punto de saltar al agua todos, cuando JJ balbuceó que no lo lograríamos y nos empujó al agua. Los soldados, que estaban a punto de saltar, se quedaron con JJ. Al parecer, sabían lo que iba hacer. — Nos miró, con la culpa pintada sobre su rostro. — Si yo lo supiera, también me quedaría. — No dijo nada más en su defensa.

Continuó con la cruel narración, que arrojaba a nuestros rostros como brasas ardiendo, que no quemaban, pero si hacían gran daño, cauterizándose al instante.

— JJ fue al timón y dirigió el barco en llamas contra la centralización de los barcos enemigos. Ahí se encontraban los generales. — Sus ojos se empañaron y su voz dio un tono en falso. — Yo nadaba en el agua, sosteniendo a Xillen, quien recibió graves quemaduras en un brazo, pero vi lo que pasó. Él estrelló el barco contra los otros. Y, espada en mano, acompañado por los que sobrevivieron al impacto, atacó y exterminó a los generales enemigos. Somos dueños de los mares. — Terminó con una amarga sonrisa.

— Pero... ¿Cómo murió? — Miguel estaba igual de aturdido a mí.

— Con los generales enemigos. — Respondió Andrés y, de pronto, comenzó a temblar. — Ninguna espada lo pudo atravesar. Ni una flecha lo pudo rozar. Nadie pudo hacerle ni un sólo rasguño. Simplemente se quemó. No había escapatoria y él lo sabía, cuando dirigió el barco contra los enemigos. Las llamas lo envolvieron todo. Lo último que vi, — y Andrés nos miró con fiereza a los ojos, — fue a JJ, envuelto en llamas, pero que no parecía sentir dolor, danzando un baile de victoria, con la espada levantada sobre su cabeza. Tal vez estoy loco, pero puedo jurar que la sangre de la espada se confundía con las llamas. De otra manera, la espada se había convertido en fuego. Todos habían caído. Nadie estaba a su alrededor. Rodeado por fuego en el barco, fuego en el agua, fuego en el cielo. Y él bailaba... bailaba... Hasta que no lo vi más...

Un pesado silencio siguió a esas palabras. Yo estaba sentado en el piso, con la cabeza entre las piernas, pensando en la horrible muerte de mi amigo, pero que sirvió para quedar dueños de todos los mares, además de eliminar, Dios sabe cuántos, guardianes enemigos.

Pero su sacrificio no sería en vano.

No sería en vano.



Miré a Miguel.

— ¿Ya le contaste?

— No.

Andrés nos miró con la interrogación pintada sobre su rostro.

— Heitter era uno de los generales del ejército que derrotamos. — Explicó Miguel y después me miró. — Él fue quien me hirió. — Me aclaró el origen de esa herida y casi no logro ahogar el grito de sorpresa que saltó a mis labios. — Cuando saliste a correr y el ejército te siguió, me levanté y traté de hacer lo mismo. Pero tropecé con él. Fue una verdadera sorpresa. No me lo esperaba. Ese ratón se atrevió a levantar su espada contra mí. Así cometí mi único error, que me costó este pequeño tajo, — e indicó con la cabeza el pequeño tajo. Esa herida le seguiría molestando por muchos años. — Subestimé a Heitter... Nunca, — nos miró a los ojos, — nunca subestimen a los guardianes enemigos. Tan sólo dos guardianes nos enfrentamos a otros. Y el resultado no es nada bueno: Uno está muerto y otro herido. — Andrés abrió la boca para defender a JJ, pero Miguel lo interrumpió. — No quiero decir que JJ haya dado su vida en vano. Al contrario, le envidio. Él murió, pero consigo se llevó a quién sabe cuantos guardianes enemigos. En cambio, yo estoy herido y no hice siquiera un rasguño a ese mal nacido...

— Así que Heitter escapó... — Terminó la frase Andrés.

— Sí. — Y de repente, Miguel gritó: — ¡Daría mi vida por la de JJ!

— No será necesario. — Una voz familiar nos obligó a mirar en dirección a la puerta y ahí estaba Xillen. Tan radiante y serena como siempre, pero con el brazo derecho envuelto en un pulcro vendaje de lino blanco. — Eso no será necesario, — repitió y se adelantó hasta el centro de la carpa. — Lo que sí están en obligación de hacer, es enterrar a su amigo. Reconozco que es algo inusual. De hecho, nunca se presentó algo así, pero los Maestros acordaron una tregua, para sepultar a su amigo. Es la primera vez, en muchos eones, que ocurre algo semejante. Un sólo guardián fue capaz de eliminar, con un golpe maestro, entregando su propia vida a cambio, veinticuatro guardianes. — Miramos a Xillen, boquiabiertos. — Así que las hostilidades se postergaron, hasta que sus heridas sanen. Esta noche volveremos al pueblo y esperaremos, mientras las heridas de Miguel mejoran. Después, regresarán a sus cuerpos, durante el tiempo que tome el entierro de su amigo. — Hizo una pausa y se corrigió: — de nuestro amigo. — E inclinó la cabeza. — Esta es la recompensa, por su valor para con nosotros.

Lo único que pudimos hacer en ese momento, fue bajar nuestras cabezas. Las lágrimas se deslizaron, silenciosas, por nuestras mejillas, para caer sobre el suelo. El polvo las absorbió con una velocidad asombrosa, como la arena que consumió toda esa sangre, derramada durante la última batalla, librada en esa maldita playa.

— ¿Nos llevarás? — Pregunté a Xillen, pero no me respondió. Salió de la carpa, envuelta en su dignidad, dejando un silencio ofendido a sus espaldas.



### III

El pueblo. El viejo pueblo, con sus personajes desconocidos, llevando su vida cotidiana, aún después de conocer la derrota de los ejércitos enemigos, del sacrificio de JJ y de la herida de Miguel. No hubo reconocimiento, ni siquiera una recepción. Llegamos como desconocidos que nunca pasaron por ese lugar, llevando, en una camilla cubierta, a Miguel. Xillen nos facilitó el camino. Dijo que sujetáramos la camilla y cerráramos los ojos. Enseguida, dijo que los abriéramos y aparecimos a la entrada del pueblo. Nos aclaró que era la primera y última vez que hacía semejante truco para nosotros. Sus habilidades, poderes y posibilidades como imparcial, eran revocados con este último acto.

Pasó un tiempo mientras la herida de Miguel sanaba. Al principio, Andrés y yo moríamos de aburrimiento, pero al cabo de una semana, decidimos entrenar en el manejo de la espada. Un viejo del pueblo nos enseñó a manejar el arma con ambas manos. Al cabo de algún tiempo, realizábamos fintas que nunca pensamos que existieran. El movimiento que más trabajo me costó aprender, era cambiar de mano la espada, en medio de un ataque, con la velocidad de un relámpago, para desconcertar al adversario y así ganar preciados segundos, para derrotarlo.

Pero el tiempo pasaba y el manejo de las armas ya no nos interesaba. Para no dejar que Miguel se muriera de aburrimiento, todos los días nos reuníamos al lado de su cama y jugábamos Dungeons. Claro que ahora el juego no era esencialmente fantasía. Teníamos en cuenta la experiencia de la batalla pasada y practicábamos estrategias en diferentes campos, con variedades de ejércitos y armas. Recordábamos nuestras pobres clases de historia del colegio, y las poníamos en práctica, teniendo en cuenta los errores cometidos por grandes generales de la historia y aprendiendo de los diferentes actos heroicos de los mártires. Pero la única fuente de información era nuestra memoria.

Un día, cuando Miguel ya se levantaba de la cama, sus heridas sanaban, dejando una fea cicatriz, y nuestras esperanzas de regresar eran más fuertes que nunca, Xillen apareció en la habitación. Su cara reflejaba gravedad y comprendimos que esta no era una visita cualquiera. El silencio dominaba la situación, mientras ella tomaba asiento. Nosotros, seguimos su ejemplo y nos sentamos al frente. Nos miró por unos instantes. Parecía estudiar nuestras caras una por una, grabándose en su memoria las facciones.

— Esta tarde regresarán. — Anunció, sin preámbulos.

Aunque la noticia era digna de celebrarse, nuestros corazones se sentían oprimidos por algo. Tal vez era el mismo reflejo de la cara de Xillen, que mostraba preocupación. Sus ojos, penetraban los nuestros, con el calor de un bloque de hielo.

— Hay algo más, ¿verdad? — Inquirió Andrés, sin mucho entusiasmo.

— Sí.

El silencio siguió a esa respuesta, por largo rato. No queríamos indagar lo que era, por que sentíamos que no era bueno y ella no quería decirlo así como así.

— Ustedes regresarán algunos minutos después de que se fueron. — Comenzó ella la explicación, pero me daba cuenta que no tocaba el tema principal. Hasta ahora, preparaba el terreno, para dejar caer la noticia sobre nosotros, de un golpe. — Es decir, el tiempo transcurrido aquí, se refleja en su existencia real en minutos. Más el conocimiento adquirido aquí, permanecerá con ustedes durante el resto de su vida material. — Nos miró con sus ojos, cargados de tristeza. — Salgan de la casa de JJ inmediatamente. El cuerpo que van a encontrar ahí, no es su amigo. Su amigo ha muerto y lo que se encuentra en la tierra, es sólo el envase que contenía esa preciada alma. Vayan a sus hogares y no le digan nada a nadie. Esperen a que les llegue la noticia de su muerte. No se asombren cuando el veredicto diga que fue por combustión interna. Recuerden que lo que se quemó fue el alma y no el cuerpo.

Asentimos con gravedad. Nos sentíamos abatidos. Sabíamos de la muerte de nuestro amigo, pero tendríamos que aparentar que nada sucedió, mientras que se descubría el cuerpo y luego, poner cara de idiotas y preguntar por lo que ocurrió, cuando nos dijeran que fue una muerte extraña.

Combustión interna.

¡No era justo! Sacrificó su vida para salvar el pellejo de los habitantes del planeta. Deberían erigirle un monumento, declararlo héroe, nombrar un día en su honor, una ciudad, un país entero. En cambio, sería sepultado en el anonimato. Como cualquier pelado de veinte años, muerto por sobredosis o en una pelea callejera. Quizás, ese era el destino los mártires. Muy pocos ocupaban el pedestal que les correspondía, poco tiempo después de su heroica acción. La inmensa mayoría, jamás era reconocida por la historia.

¡No era justo!

— Ahora, quiero que entiendan algo, — Xillen no nos miraba, mientras hablaba. Miraba el techo, la pared, cualquier otra cosa, menos nuestros ojos. — El campo de batalla es aquí. Única y exclusivamente en este lugar. Es posible que en la Tierra se encuentren con Heitter. Por más sentimientos encontrados que guarden sus corazones, — cuando dijo estas palabras, miró directamente a Miguel, — no deben combatir ahí. Por más que él los incite a ello, deben controlarse. Digo que deben, porque me es imposible impedir que peleen, pero recuerden esto, si pelean en la Tierra, perderán la siguiente batalla, sin comenzarla.

— Lo dices porque estás segura de que Heitter estará ahí. — Miguel no lo preguntó, sino afirmó. Xillen no respondió. — Puedo leerlo en tus ojos, Xillen. No tienes que responder. Pero tampoco yo te prometo que estará bien. No sé cual sea mi reacción al ver a Heitter y lo digo también por el resto de nosotros. Te puedo pedir esto: ruega por nosotros.

Miguel se levantó y salió de la casa. Andrés miró a Xillen por un rato, como si quisiera despedirse, pero ninguna palabra salió de su boca y también salió, siguiendo a Miguel. La miré a los ojos y, para mi sorpresa, pregunté:

— Me puedes decir ¿qué demonios me pasó? — Ella me miró sorprendida. — Quiero decir, — aclaré, — ¿por qué caminé durante dos días? Todo el mundo

llegó en un abrir y cerrar de ojos, mientras que yo, tuve que caminar por un bosque, totalmente perdido, sin comer y peor, sin saber a dónde dirigirme.

Xillen me miraba y de pronto estalló en una sonora carcajada. La acompañé, de buena gana. Al fin y al cabo, la risa era el remedio infalible para dispersar el pesado ambiente que nos rodeaba, consecuencia de la conversación, sostenida hace poco.

— Los caminos de cada guardián son distintos. Unos quieren comenzar rápido, porque tienen su mente despejada de cualquier duda. Aquellos que no están seguros, tienen tres opciones: desertar, llegar rápido o superar sus propios miedos, para de esta forma lograr un equilibrio entre la mente y el cuerpo, alcanzando el máximo estado de unión entre esas dos entidades, tan cercanas y lejanas a la vez.

— Sabes perfectamente que no entiendo ni una palabra de lo que dices.

— Lo sé, amigo mío. Pero llegará el momento en el que lo dicho y lo comprendido, se fundirá en uno sólo y en ese instante, las frases que te he dicho y que te diré en un futuro, no te serán tan extrañas como lo son ahora.

— Espero que así sea. — Dije, dudando que así sería.

— Nunca esperes. Siempre cree en algo. Porque el tener una creencia, es forjarse una meta la cual seguirás y, de esta manera, completarás un ciclo vital que tu propia mente requiere y que ahora eres capaz de suministrarle, al estar rodeado de dudas y temores.

— ¡Pero eso es imposible! — Exclamé, entre sorprendido y atontado. Sabía que ella decía algo importante, pero se me escapaba ese sentido especial que imprimía a las palabras.

— Nunca digas eso. — Me miró y chispas de alegría saltaron de sus ojos. — Todo, absolutamente todo es posible, para aquel que se lo proponga. Sólo se requiere un esfuerzo personal infinito, para lograrlo. Nada es imposible y creo que lo comprobaste aquí. Pero no sólo aquí. Cuando estés en tu cuerpo, en tu planeta, también lograrás cosas que antes te parecían imposibles. Recuerda que todos los héroes, tanto reales como ficticios, tanto antagonicos como protagónicos, realizaron cosas que a otros parecen imposibles, pero que en realidad, cualquiera realizaría con un poco de esfuerzo.

— ¿Quieres decir que Hércules en verdad existió? — Traté de llevar el discurso a un final embarazoso para ella, pero me desarmó:

— Toda leyenda se basa en una verdad, amigo mío. Todo mito tiene un principio verídico, el cual ha sido tergiversado, al pasar la historia de boca en boca. Pues al contar la historia, el narrador tiende a añadir sus propias ideas, agrandando o disminuyendo los verdaderos hechos de acuerdo a la ocasión, realzando sus propios intereses y deshaciendo los intereses de sus enemigos. Alzando los intereses del grupo que representa y disminuyendo los intereses de los grupos contrarios. De esta manera se forma una leyenda. Y, amigo mío, — me sonrió, — ten en cuenta el tiempo que lleva la leyenda de Hércules, transmitiéndose de boca en boca. — Rió con deleite.

No sé si era por terquedad, pero en ese momento no entendí ni la mitad de lo que me decía. Sin embargo, asentía con gravedad, aparentando sabiduría y

comprensión, grabando la conversación en mi cabeza. Aprendí a confiar en lo que me decía, y sabía que más adelante, el verdadero significado de las palabras me sería revelado.

Me acosté a dormir. Esa noche, tuve la primera de la serie de pesadillas que me acosarían durante los veinte años siguientes. Me encontraba al frente de un ejército de ángeles. Todos empuñaban espadas de belleza inenarrable, cuya hoja era fuego líquido. Nos enfrentábamos a un ejército de demonios y, el que los comandaba, se encontraba al frente, montando un caballo negro y blandía en su mano izquierda algo parecido a una hoz, pero su hoja era idéntica a la de los ángeles. Llameaba, echaba chispas, parecía viva. En ese momento, el que montaba, lanzó un grito sobrenatural. Los demonios, que se encontraban a su espalda, respondieron al grito con una algarabía salvaje y, destrozando la tierra con sus pezuñas, se lanzaron al ataque. Los ángeles me miraban espantados, esperando una orden, pero yo nada hacía. Me sentía aterrado. Sólo veía al que montaba a caballo y su sola presencia impedía moverme. Mientras me encontraba hechizado, mirando a ese ser que montaba el maldito caballo negro, los demonios se lanzaron sobre los ángeles, y estos, inmovilizados por mi propia incapacidad de moverme, fueron masacrados sin misericordia. Ninguno de los demonios me tocó. Más de uno tuvo la oportunidad de cortarme la cabeza, pero ninguno se atrevía, por alguna extraña razón. Pero, en el momento en el que el último ángel cayó, el misterioso hombre que montaba el caballo negro movió las riendas ligeramente y el caballo, veloz como una flecha, obedeció al instante y lo trajo hacia mí. A medida que se acercaba y a pesar del miedo que sentía, intentaba reconocerlo. No obstante, él llevaba una capucha negra de monje sobre su cabeza y la sombra ocultaba los verdaderos rasgos de su cara. Cuando el caballo estaba a pocos metros de mí, el monje detuvo su montura. Los demonios que me rodeaban, se arrodillaron, profesando un profundo respeto. Se hizo el silencio absoluto y el monje desmontó. En sus manos brilló la hoz y aprecié la sonrisa salvaje proyectada por la hoja, que se relamía con anticipación, echando chispas, pidiendo a su amo la oportunidad de acabar conmigo. El monje levantó su mano y, con un movimiento lento, demasiado lento para mí, se quitó la capucha. Mi horror creció y desbordó, convertido en una apoteosis sin control, al descubrir que el que blandía esa arma viva, no era otro que Heitter. Una sonrisa lobuna cruzó por su cara y levantó la hoz. Con un grito horrendo, soltó el arma. Esta silbó de placer y, después de cortar el aire en cruz, avanzó con una velocidad espantosa, directamente a mi cabeza. Traté de esquivarla, pero la misma fuerza poderosa e invisible me lo impedía. Al ver que la muerte estaba cerca y que nada evitaría la embestida, traté de gritar, más un chillido agudo fue lo único que conseguí sacar de mi cercenada garganta. Porque en ese mismo momento, la hoz me cortó limpiamente la cabeza. Cayó de mis hombros al suelo, pero no morí. Al contrario, veía como mi cuerpo se derrumbaba después de unos espasmos. Veía, aterrado, como salía la sangre a chorro de las arterias cercenadas. Y a Heitter, extendiendo su mano para sujetarme. Me agarró de los cabellos, me levantó sobre su cabeza

y, mostrándome a su ejército, profirió un aullido inhumano. Los demonios le respondieron de la misma manera y, en ese momento, perdí el conocimiento.

Desperté, gritando horrorizado. La visión de mi muerte, me sobresaltó. Cuando abrí los ojos, lo primero que me sorprendió, era la luz del día. Lo segundo, fue el sentir mi piel desnuda, rozando contra las sábanas. Por un momento me sentí desubicado, y entonces comprendí: me encontraba en casa. Y aunque sabía que por fin estaba en el hogar que añoré durante un largo tiempo, mientras me hallaba en algún lugar del Universo, todavía no podía creerlo. Con una voz entrecortada por la emoción que sentía, llamé a mi madre, pero el silencio fue la respuesta que obtuve. Me sentía confundido. De repente, recordé que ellos salieron de la ciudad, cuando decidí iniciar El Viaje.

— ¿Qué día es? — Pregunté en voz alta. No recordaba que día era. Busqué el calendario. Era miércoles.

Lo primero que quería hacer, por más ilógico que suene, era darme un baño. No me di un baño ni tomé comida decente, en meses. Corrí a la ducha y duré horas bajo el constante chorro de agua, hasta que este pasó, gradualmente, de caliente a frío. Me vestí y corrí a la cocina. Preparé una comida que parecía un banquete y devoré todo en cuestión de minutos. Mientras comía, comencé a recordar lo acontecido durante mi estancia en el pueblo de Xillen, y un relámpago de dolor atravesó mi corazón, cuando recordé a JJ. La comida perdió su sabor, y el mundo, que al principio me pareció tan claro y resplandeciente, perdió su color y se convirtió en una mancha gris, que terminó por envolverlo todo, convirtiéndolo en algo borroso.

En ese momento me di cuenta que lloraba.

Lloraba en silencio. Por un amigo perdido. Por días que nunca serían los mismos. Por momentos de tranquilidad y despreocupada algarabía, que me fueron arrebatados de un momento a otro, sin que me diera cuenta. Lloraba por nuestro círculo de amigos que, en algún momento que no precisaba, se redujo de cinco a tres. También lloraba por Heitter, por su decisión de abandonarnos, de traicionarnos, de tomar el bando contrario para enfrentar a sus mejores amigos. Lloraba por dos amigos perdidos y por los tres que quedábamos vivos, porque nuestras vidas jamás serían las mismas, a partir de ese momento.

Aparté los restos del improvisado banquete y busqué el teléfono. Marqué de memoria el número de Andrés. Nadie contestó. Intenté con el de Miguel. Esta vez, alguien levantó el auricular y, una voz conocida pero desfigurada por el dolor a tal punto que parecía no pertenecer a Miguel, dijo:

— Quien quiera que sea, no vuelva a llamar hoy. — Y colgó.

Mi mano bajó lentamente el auricular. Mis amigos también regresaron y sufrían lo ocurrido. Como un sonámbulo, busqué las llaves de la casa y, cerrando la puerta, me dirigí a donde mis pies me llevarán.

## IV

Era la mañana del jueves, y la Universidad tenía sus puertas abiertas, para recibir a sus estudiantes. Todo el mundo entraba preocupado. Algunos por clases, otros por tareas y otros por novias o novios. Pero todos tenían un lenguaje en común y conversaban, saltando de un tema a otro.

Menos nosotros.

Andrés, Miguel y yo, nos manteníamos apartados. Sentados en una mesa de la cafetería, respondíamos con monosílabos a cualquier pregunta que nos dirigían nuestros compañeros de clase. Ni siquiera entre nosotros manteníamos una conversación. Nos limitábamos a mirar la mesa y esperar.

Esperábamos la noticia.

Sabíamos que los padres de JJ debieron descubrir el cuerpo. Que en la facultad habría un alboroto de dimensiones gigantescas. Que en la siguiente clase, el profesor entraría con una cara larga y, después de esperar a que los alumnos callaran, arreglaría con unos golpecitos secos sus papeles contra el escritorio, nos miraría durante un instante con aire ausente y luego diría:

— Muchachos, les tengo una mala noticia....

No imaginaba el sufrimiento de Andrés y Miguel, cuando despertaron en el apartamento de JJ, al pie del cuerpo exánime de nuestro amigo. Ni siquiera lo pregunté. Pero, cuando llegaron a la Universidad, sus caras reflejaban una tristeza inmensa y dolor profundo. No dijimos nada. Ni siquiera tocamos el tema. Simplemente, nos sentamos alrededor de una de las mesas de la cafetería, a esperar.

Cada uno estaba sumido en sus pensamientos, cuando una voz familiar, conocida a tal punto que sólo escucharla, encogía los corazones, convirtiéndolas en pequeñas uvas pasa que trataban procesar el néctar de la sangre a toda costa, pero sin lograr hacerlo normalmente.

— Hola, amigos.

Era Heitter. Miguel levantó con lentitud la cabeza y sus ojos se llenaron de un odio indescriptible. Sus manos se crisparon y se convirtieron en puños. Comenzó a levantarse lenta, pero amenazadoramente. Heitter comenzó a retroceder, sin perder en ningún instante la sonrisa socarrona.

— Siéntate. — Dijo Andrés, sin levantar la cabeza, pero cruzó sus brazos en actitud de protección. Miguel no lo escuchó o lo ignoró. No entendí bien lo que sucedió a continuación, pero Miguel intentó alcanzar a Heitter y, en el momento en el que parecía que todo estaba perdido y que Miguel acabaría en la Tierra con la batalla destinada a otro tiempo y espacio, Andrés saltó delante de él, tumbando la mesa, y recibió la descarga de todo el odio de Miguel hacia Heitter, en el pecho. Su rostro palideció y su cuerpo se dobló un poco, pero resistió el golpe. Empero, Miguel pareció no darse cuenta a quién golpeó y, sin reparar en Andrés, intentó otro ataque. Pero, yo ya estaba prevenido y me colgué de su brazo, justo a tiempo. Y mientras nosotros concentrábamos nuestras fuerzas en dominar a



nuestro compañero, Heitter se reía por lo bajo, parado a unos centímetros de Miguel y sin mostrar una pizca de miedo.

Finalmente, Miguel cedió y cayó pesadamente sobre el asiento, jadeando con fuerza.

— ¿Qué quieres? — Preguntó Andrés a Heitter, sin soltar del todo a Miguel.

— Absolutamente nada, Andrés. — Respondió. — Tan sólo vengo a lo mismo que ustedes: a estudiar. — Y entonces, su tono de voz cambió sutilmente. — Si señor, vengo a estudiar y saludo con buenas intenciones a viejos amigos, y su primera reacción es la de arrancarme la cabeza. Es incomprendible... — Razonó con dándose aires de filósofo, pero no ocultó una sonrisa de satisfacción que cruzó como un relámpago por su rostro.

— Tú no eres nuestro amigo... — Jadeó Miguel, desde su asiento. — Tú jamás serás nuestro amigo. Tú eres una rata inmunda, un pequeño insecto dotado de raras grandezas, que quiere convertir a todos en lo que se convirtió.

— Bueno, bueno. — Heitter cruzó los brazos y sonrió desvergonzadamente. — No hay que ponerse sentimental, querido Miguel. Lo que yo quiero, no lo comprenderías. Y sus risibles intentos de impedírmelo no van a llegar a ningún lado. Y, a todas estas, ¿qué hace usted aquí Andrés? Creo que fue expulsado de la universidad.

— Vine, porque me dio la gana. — Respondió Andrés, malhumorado. — ¿Por qué no se larga, con el mal viento que lo trajo?

— Todavía tengo cosas que hacer antes de irme, querido amigo. — Dijo Heitter con sorna y nos dedicó la más dulce de las sonrisas. — Pero no se preocupe, vengo en son de paz.

— ¿Se devolvió de inmediato, cuando iniciamos el viaje? — Preguntó Andrés, controlando su furia con evidente esfuerzo.

— Ni siquiera lo inicié. Simplemente, me fui.

— Me pregunto ¿por qué no intentó matarnos, ahí mismo? — Dijo Miguel en tono bajo, que no presagiaba nada bueno.

Heitter no respondió, pero por la expresión de sus ojos, con horror, comprendí que lo intentó. Por alguna extraña razón, no lo logró. Pero lo intentó. Sentí asco.

— ¿Por qué, Heitter? — Pregunté.

— Sus débiles mentes no me entenderían. — Respondió.

— Sabes muy bien que no es esa la pregunta. ¿Por qué estás en el bando contrario? ¿Acaso deseas la destrucción del mundo?

El silencio fue su respuesta. Creí que nunca formuló esa pregunta. Pero estaba equivocado.

— Simplemente, creo que me encuentro en el bando de los buenos. Es así de simple. Desafortunadamente, la concepción de bueno y malo de ustedes, no coincide con la mía. Creo que es malo que, si ustedes ganan, nosotros desapareceríamos de la faz del Universo y terminaríamos siendo tan sólo parte, una pequeñísima parte de un ser. Es mejor ser uno mismo y no pertenecer a nadie en absoluto. Creo que sería fantástico que la vida en este planeta siguiera durante toda la eternidad. Que cada uno de nosotros, regresara una y otra vez a recibir todas las delicias, que este planeta nos proporciona. — Nos miró con altivez. —



No quiero ser parte de nadie. Quiero ser yo mismo. Heitter. Y si para ello tengo que pasar sobre ustedes, ¡lo haré!

Nadie le respondió el reto. El silencio fue inmediato y pesado. Andrés soltó a Miguel y buscó asiento. Levanté la mesa con cuidado, bajo las miradas extrañadas de estudiantes que llegaban tarde a clase. La acomodé y me senté. Miré, a través del techo cristalino de la cafetería, el cielo. Grises nubes volaban raudas, cargadas de lluvia, truenos y rayos. Volaban hacia el sur, alejándose de nosotros, y con ellas, se alejaba mi esperanza de recuperar al viejo Heitter, de reintegrarlo al grupo.

Enfrenté su mirada.

— Ya pasaste sobre uno...

— Siento mucho lo de JJ. — Me interrumpió Heitter. — Siempre fue valiente y razonable, incluso al final. Murió como un héroe y me duele que, por más que fue un enemigo, no obtenga un entierro con los debidos honores. Pero eso no me impediría, de encontrarlo en el campo de batalla, eliminarlo. — Y nos miró con fiereza. — Quiero que entiendan, de una vez por todas, que no quiero matarlos, pero si ustedes se interponen en mi camino, lo haré. Los quiero mucho, pero eso no me impedirá alcanzar mi meta.

Estaba aterrado. Tal vez mis amigos todavía no se daban cuenta de lo mucho que mejoró el léxico de Heitter. De lo diferente de sus movimientos, de la seguridad en su porte. Un cambio radical se operó en él, pero ese cambio debió tomar un tiempo largo. Y entonces, una idea comenzó a tomar forma en mi cabeza:

— ¿Cuánto tiempo permaneciste ahí? — Pregunté, sin rodeos. Andrés y Miguel levantaron sus cabezas para mirarme, preguntándose si perdí el juicio. Heitter me miró directamente a los ojos y, sílaba por sílaba, siseando entre dientes, respondió:

— Treinta y ocho condenados años.

Me di cuenta que mi boca se abría, poco a poco. Sentí miedo. De hecho, sentí pavor. Era para volverse loco. Mis amigos todavía no se daban cuenta de lo grave de esa revelación, más yo sabía a qué me enfrentaba.

Frente a mí, en un cuerpo de veintiuno, con una cara que asemejaba quince, estaba un hombre de cincuenta y nueve años.

Esto era para perder el juicio.

— ¿Por qué regresaste?

— Sé lo que necesito saber. Pero estoy aquí para intentar convencerlos de que abandonen la lucha. Quédense en el planeta. No regresen nunca a ese otro mundo y vivirán el resto de sus días en paz y tranquilidad. Tal vez, hasta regresen al planeta después de la muerte. — Hizo una pausa y nos miró uno a uno. — Como ya les dije antes, — continuó, — no quiero su muerte. De saberlo, cuando los llevé la primera vez con el viejo, que tomarían el bando contrario, jamás lo permitiría. Pero, cuando lo supe, era demasiado tarde. Sus mentes fueron envenenadas con un pensamiento radical y estúpido. Sé que estoy hablando al vacío, porque como los conozco, sé que no dejarán de hacerlo, más espero, por su propio bien, que por lo menos piensen un poco mis palabras, antes de regresar.

— Vienes como mensajero, ¿cierto? — Inquirí.

— Sí.

— ¿Es la decisión conjunta de todos los guardianes de tu bando?

— Sí.

En mi mente apareció, sonriente, la imagen de JJ.

— Entonces no necesito pensarlo. — Me levanté de la silla y lo encaré. — Te agradezco tu propuesta, Heitter. Te agradezco que pensaras primero en nosotros, pero no voy a permitir que mis creencias, todo por lo que vivo y he vivido, sean destruidas por tu egoísta deseo de poder y miedo de vivir con el corazón.

Su rostro palideció, pero no intentó interrumpirme. Me miraba absorto, parecía como si estudiase mis facciones, gravándose en la mente el rostro de la persona que lo desafió abiertamente, sin darle tiempo de expresar su pensamiento con profundidad. Miré a mis amigos buscando apoyo, pero sabía que no me lo darían. Tenían que pensar en la oferta que les estaba haciendo Heitter. De hecho, ahora las cosas dieron un giro tremendo y sospeché que fue una treta para crear la duda y separación entre nosotros. Una separación que el bando enemigo aprovecharía para terminar de destruir a los que osaran oponérsele.

— Quiero que digas a tus superiores, si es que los tienes, que por lo menos tendrán que enfrentarse conmigo. — Continué, después de la pausa. De alguna forma, al negar la oferta de Heitter, sentía como mis fuerzas regresaban, y con ellas aumentaba mi resolución de llevar mi misión hasta el fin. — No sé respecto a mis amigos. Pero te aseguro y te prevengo, por haber sido mi amigo, que por lo menos habrá un guardián que los enfrentará en el próximo encuentro. — Y me senté.

Hubo otro silencio desgarrador. Pasaron dos horas y la cafetería comenzó a llenarse de alumnos que salían con algarabía de clase. Heitter se acercó a la mesa, para evitar llamar la atención sobre nosotros.

— ¿Es así como piensan todos? — Preguntó, amenazador.

— No. — Respondió Miguel y por un momento, la felicidad brilló en la cara de Heitter. — Yo no pienso como Enrique, no tengo su ideal, ni su amor por cosas que no entiendo, ni quiero entender. Pero iré. Iré a combatir única y exclusivamente por verte morir a ti, ¡grandísimo hijo de puta! — Heitter se alejó, aterrado, unos pasos al ver las chispas de furia que saltaban de los ojos de Miguel. — Y cuando tenga tu cuerpo a mis pies, seguiré peleando, seguiré vivo hasta que tus huesos se conviertan en polvo y este polvo se disperse por todo el Universo que conforma el mundo de Xillen. Y después de eso... después de eso... me sentaré a descansar. — Terminó Miguel, quedamente, y bajó de nuevo la cabeza, mirando la mesa con obstinación.

— Yo también regresaré, para combatirte Heitter. — Dijo Andrés. — A decir verdad, en el primer momento, cuando aparecí en medio de la batalla, me hice la promesa de que si salía vivo de ella, no regresaría nunca más. Sin embargo, cuando vi morir a JJ, cuando vi que entregó su vida por salvar la de nosotros, algo cambió en mí. Yo regresaré porque tengo una deuda con él y no permitiré que él me haya salvado, para traicionarle luego. No quiero regresar, es verdad, más JJ

me obliga. Mi deuda me lleva a terminar lo que él empezó. Estará saldada cuando todos ustedes sean exterminados o yo perezca en el intento.

— Bueno, que no digan que no lo intenté, — dijo Heitter para sí mismo y luego, tomando una posición de firmes, nos saludó con la mano derecha extendida y se retiró.

— Todo un embajador, — dijo Miguel entre dientes, mientras miraba con odio como Heitter se perdía entre la multitud.

— Más aprendí algo de todo esto. — Me encontraba pensativo, dándole vueltas a una idea que me consumía. — Al parecer, el tiempo sí transcurre en la Tierra, mientras nos encontramos en el mundo de Xillen.

— ¿Qué quieres decir con eso? — Preguntó Andrés.

— Todavía no lo tengo claro, — respondí. — Pero el tiempo sí transcurre. Podemos realizar un cálculo aproximado de la diferencia del tiempo en el mundo de Xillen, con el de nosotros.

— ¿Cómo?

— Heitter dijo que permaneció durante treinta y ocho años en ese lugar, ¿cierto?

— Sí, — respondieron mis amigos, acercando sus cabezas a la mía.

— Si decimos que, aproximadamente, él inició el viaje al medio día de ayer y regresó hoy; también digamos que a las seis de la mañana, ya que llegó a las siete y, por el estado de sus ropas y su cara, deduzco que no tuvo tiempo de bañarse ni de comer, sino que se dirigió directamente a la universidad para encontrarnos antes o a las siete en punto, como él sabe bien, en la cafetería.

— ¿Qué quieres decir, con eso? — Preguntó Andrés, cada vez más interesado.

Arranqué una hoja del cuaderno, saqué mi inseparable pluma, regalo de Sandra, y comencé a escribir.

— Ha estado de viaje durante... — hice un rápido cálculo, — más o menos dieciocho horas. Lo redondearé. Esto implica, — continué escribiendo, — que una hora equivale a 2,112 años. Entonces, un segundo equivale 5,108 horas.

— ¿Y eso, qué? — Preguntó Miguel, sin interés. Todavía estaba de mal humor por el encontrón con Heitter y no asimilaba que dejó ir a su enemigo mortal declarado, caminando libremente, para más tarde crear maquinaciones para acabar con nosotros.

— Eso quiere decir, que mientras transcurre un segundo aquí en la Tierra, en el mundo de Xillen pasan entre cinco y seis horas. Y, mientras ahí ha pasado un día entero, es decir, veinticuatro horas, ¡aquí apenas han pasado entre cuatro y cinco segundos!

— Y, ¿de qué nos sirve saber todo eso? — Miguel se portaba como un verdadero terco.

— No lo sé. — Reconocí. — Pensé que sería interesante saber la diferencia horaria. Eso es todo.

— Mejor vamos a clase. — Dijo Andrés. — Ya caparon la primera hora, a ver si entran a la segunda.

Cuando entramos al salón, las largas caras de nuestros compañeros, decían que la noticia de la muerte de JJ ya era conocida por todos. No tardaron en informarnos lo que sabíamos hacía tanto tiempo. Pusimos caras de asombro, y hasta derramamos lágrimas falsas, porque las verdaderas hacia rato salieron de nuestros ojos. Sólo quedaba el profundo dolor, que ninguna lágrima era capaz de extraer desde el fondo de nuestras almas. También, nos anunciaron que el entierro sería al día siguiente. A las tres de la tarde, en una iglesia de un barrio conocido de la ciudad. Luego, enterrarían a JJ en el mejor cementerio.

— Valiente consuelo, — pensé yo, — ser enterrado en el mejor cementerio de la ciudad, pero que ésta ignore la verdadera hazaña que realizó el pobre de JJ.

Pero aparenté sorpresa absoluta y guardé mi indignación para un momento más oportuno. Fue una prueba dura de soportar. Nuestros compañeros sabían que manteníamos una estrecha relación y no cesaban en darnos el pésame. No quiero ni imaginarme lo que ocurriría, si la terrible sorpresa fuera verdadera.

El día fue tortuoso. Asistir a clase, cuando nuestro corazón se encontraba muy lejos de la ciudad: en una casa de tres pisos, en un conjunto cerrado, bajo el número cuatro. En el tercer piso, en la primera habitación a mano derecha, yacía el cuerpo de nuestro amigo. Y ahí nos encontrábamos, en espíritu.

Junto a él.

Ninguna lección entró en nuestras cabezas, ese día. Sólo asistíamos a clase para que no nos pusieran falla.

Y esperábamos, esperábamos.

Mientras transcurría el tiempo, una idea comenzó a formarse en mi cabeza. Si el entierro de JJ era mañana, a las tres de la tarde, podría ir al mundo de Xillen. Tendría tiempo bastante para perfeccionarme, para aprender y saber qué camino seguir para enfrentarme a Heitter y los demás guardianes. Era mi única oportunidad.

De hecho, era nuestra única oportunidad. Presentía que Heitter no desperdició esos treinta y ocho años. Aprendió bastante, desde la última batalla, y con toda seguridad nos derrotaría en la siguiente. Ese sería nuestro fin. Ahora comprendía que la verdadera intención de Heitter, al visitarnos hoy, fue precisamente, tal y como él lo había dicho, evitar nuestras muertes. Así que, después de todo, algo bueno quedaba en su corazón. Algo puro todavía luchaba dentro, tratando de salir a la luz, pero era forzado a mantenerse dentro por fuerzas misteriosas, más poderosas que Heitter y que no querían que él regresara al círculo que pertenecía.

Todavía quedaban más de cuatro horas de clase, pero cada segundo era precioso. Cada segundo equivalía a seis horas perdidas. Así que, sin perder más tiempo, susurré a Andrés:

— Voy a capar el resto de las clases, Andrés. No soporto más. Le diría que me acompañe, pero no creo que Miguel resista solo.

— Lo sé. ¿Por qué cree que vine a la Universidad hoy? Recordé lo que dijo Xillen y la forma en que le respondió Miguel. Quiero tenerle encima el ojo, hasta que regresemos con ella.

De repente me sorprendí, porque ni siquiera le pregunté a Andrés, qué estaba haciendo en la Universidad. Acepté el hecho como algo natural, cuando, en la

mañana, lo vi al llegar. Por un momento, pensé en decirle lo que quería hacer, pero desistí. Porque al escuchar los motivos de cada quien, por los que irían a pelear, sabía que no entenderían o no aprobarían mi inesperada partida.

Así que me despedí y, cuando el profesor se dio la vuelta para escribir algo en el tablero, me escurrí por la puerta, en silencio.

## V

Y de nuevo el pueblo. Las mismas caras, los mismos caminos. A pesar de que el tiempo transcurría con demasiada rapidez, nada cambiaba. Todo permanecía inmune al paso del tiempo. Y era algo tan irreal que asemejaba un sueño. Ahora mi concepción del mundo de Xillen era diferente. Aprendí que el tiempo no es importante. Lo importante es el conocimiento que se adquiere en él. Lo importante es el aprendizaje.

Aparecí frente de mi antigua casa. Lo primero que quise hacer fue encontrar a Xillen. Busqué en el pueblo, esperanzado por encontrarla, más nadie me dijo donde estaba. Tan sólo me indicaron que se había ido hacia más de veinte días, sin decir a donde. Desde ese día, nada se sabía sobre Xillen. Muchos de los hombres del pueblo perdieron incluso la esperanza de volverla a ver. Se rumoraba que ella fue a presentar batalla sola. Pero nadie sabía el motivo que la impulsó a hacerlo.

Todas esas noticias me preocuparon. ¡Había sido una verdadera estupidez regresar a la Tierra! ¿Cómo fuimos capaces de abandonarla? Más también sabía que no había forma de preverlo. Pero por más que quería calmarme e intentar meterme en la cabeza que esto era imprevisto, de alguna manera sabía que Xillen comprendía que la batalla continuaría a pesar de que nosotros no estábamos. ¿Por qué? Lo averiguaría más adelante. Lo importante en este momento, era encontrarla. Más, ¿dónde comenzar? ¿Qué dirección tomar? Y mientras mi mente buscaba desesperada una respuesta a esas preguntas, comencé a caminar, tomando la dirección que una vez, por azar o por destino, había elegido. Antes de la primera batalla. Por pura inercia, opté de nuevo por el viejo camino. No sabía a dónde dirigirme, así que confiando en mi buena estrella, caminé en dirección al valle esperando que, como la última vez, me llevaría al campo de batalla.

Dos días después, llegué a la playa. Cerca de las ruinas, donde escuché la conversación de Heitter con otro de los guardianes, vi una silueta solitaria, con su mirada fija en el horizonte.

Era Xillen.